

Salvatore

Puledda



EL INFORME
TOKAREV

Tras la muerte de Brezhnev en 1982, Yuri Andrópov apoyado por civiles y militares que controlaban el Ministerio de Defensa pasó a dirigir el PCUS y el ejecutivo de la URSS. El 11 de Marzo de 1985 su «delfín» M. Gorbachov se hace cargo del poder. Ese mismo año comienza la Perestroika que liquida la Guerra Fría forzando unilateralmente el desarme, cambiando así el rumbo de los acontecimientos mundiales. Estos hechos fueron el resultado de una planificación que comenzó en el Ministerio de Defensa y salvaron al mundo de la catástrofe nuclear.

El informe Tókarev cuenta en sus páginas los entresijos del «lanzamiento del misil mental», que evitó por escaso margen el amenazante conflicto nuclear de las superpotencias. Lo impresionante de esta novela de socio-ficción es que fue publicada en 1981 cuando todavía Brezhnev manejaba el poder dentro de los marcos tradicionales. El autor relata cómo el Ministerio de Defensa formó un comité de estudios interdisciplinarios con la misión de determinar la posibilidad de una explosión psicosocial, que calculaban que habría de producirse exactamente en 1985. Los hechos mostraron cómo la Perestroika logró convertir esa explosión en una reacción en cadena controlada.

Índice de contenido

Cubierta

El informe Tókarev

Prólogo

Año 1978

Diciembre 19

Diciembre 20

Año 1979

Mayo 12

Mayo 15

Mayo 20

Mayo 22

Mayo 23

Mayo 24

Mayo 25

Mayo 26

Mayo 28

Mayo 29

Mayo 30

Junio 2

Junio 3

Junio 4

Junio 5

Junio 6

Junio 7

Junio 8

Junio 9

Junio 10

Junio 11

Mayo 12 - 1979

Sobre el autor

Notas

A Silo.

Prólogo

El Informe Tókarev fue publicado en 1981. Cuando llegó a mis manos lo leí de una sentada. Me pareció una obra simpática, absurda y muy original. Creo que entonces la ubique en el género novelesco de política-ficción. Posteriormente, me encontré con algunos conocidos que habían hojeado el libro y, al intercambiar puntos de vista, comprobé una gran disparidad de opiniones. De esta suerte el Informe quedó archivado, por lo menos para mí, hasta una mejor ocasión.

En Diciembre de 1982 visité a Puledda en *el Instituto della Sanità*, en Roma. Allí estaba entre cápsulas de Petri y aparatos medidores de contaminación ambiental. Como de costumbre tomamos bastante café mientras revisamos el escenario político mundial y el estado de las ciencias y la tecnología. Yo sabía que mi interlocutor estaba preocupado por el armamentismo creciente y por las derivaciones de la investigación genética. Esto último, casi lo obsesionaba. Había quedado muy impactado por el tema desde su paso por la Universidad de California, en la que trabajara un tiempo dedicado al estudio y experimentación en ese campo. La conversación derivó hacia su libro. Me contó que tenía la intención de publicarlo en varios idiomas y llevarlo al cine, pero que los arreglos en Hollywood no habían prosperado porque el protagonista era soviético en lugar de norteamericano. Contrariamente, pensé que la obra no había sido fácil de digerir a causa de su extravagancia y leja-

nía respecto a la sensibilidad de la época; que el gasto de producción hubiera sido un despropósito dada la cantidad de lugares remotos en los que se desarrollaba la acción y que Cinecittá, estando más a mano, hubo de ser sigilosamente explorada pero con resultados negativos. Finalmente, me decidí a preguntarle por su última intención al escribir el Informe Tókarev. —*Es una obra pacifista y cada uno hace campaña a su manera*—, me respondió secamente. A partir de ese momento, derivamos hacia otros asuntos.

Dos años después, al encontrarnos nuevamente, volvimos a tocar el tema del libro y consideramos la escasa resonancia que había logrado. Para entonces mi amigo estaba más calmo, ya no se inquietaba por difundir su novela. Después de todo, él no tenía experiencia previa en el campo literario y, seguramente, había padecido el sarampión del escritor primerizo que considera con desmesura la importancia de su obra. El Informe había sido trazado por una pluma brillante, pero más ejercitada en la comunicación científica que en los desvaríos de la imaginación. Entonces di por supuesto que el autor había llegado a conclusiones parecidas a las mías, abandonando el proyecto de ser un literato reconocido. La conversación siguió y, de pronto, Puledda rozó un punto que me llamó la atención. Según él, la trama de lo que luego se convertiría en el «Informe» había sido desarrollada una noche de 1978 por un amigo común. Al parecer, varios de los presentes en aquella velada, habían quedado convencidos de que el cuento podía convertirse en una historia verdadera ya que muchos de los hechos pronosticados en la conversación (el cambio en el poder soviético hacia el 85; el futuro giro explosivo en la URSS. las conmociones de etnias y nacionalidades, la convulsión del Este; el avance del fundamentalismo musulmán, etc.), estaban realmente por acaecer. De inmediato algunos de los concurrentes se habían confabulado para producir un «informe de anticipación». Pensaban que, si no estaban

equivocadas las predicciones y hacían llegar una especie de memorándum a manos de ciertos círculos soviéticos por medio de las embajadas, podían contribuir a torcer algunos acontecimientos fatales. Les parecía que el desastre nuclear era inminente no tanto porque alguna de las dirigencias de los bloques Este-Oeste se decidiera a tomar la iniciativa, sino por la simple acción de factores mecánicos acumulativos. Así, sostenían que la curva estadística de alarmas rojas se iría incrementando hasta llegar a un momento exponencial. Todo había empezado con falsas detecciones de misiles enemigos en las pantallas de radar de las superpotencias. Al principio las alertas ocurrieron una vez por año, pero más adelante los errores se verificaron cada seis meses, cada cuatro, cada tres, etc. Además, era creciente el «ruido» en la información que agregaba la proliferación de satélites y submarinos nucleares. De ese modo se llegaría a una situación de crisis en que el sistema de ataque se convertiría en ingobernable, y ello podía ocurrir hacia 1985. Por otra parte, habían verificado que la economía del Este mostraba una tendencia a la declinación agravada por la carrera armamentista y que eso llevaría, suponiendo que se eludiera el accidente nuclear, a decidir una salida que presentaba dos alternativas: o se exportaba el caos, o se tomaba la iniciativa del desarme. El eslabón más débil resultaba la Unión Soviética y solamente ella podía provocar un cambio en la cadena de los acontecimientos.

Interrumpí el relato de Puledda preguntándole si no pensaron, aquella noche de la confabulación, en que tales posibilidades habían sido antes consideradas por los soviéticos... Ya comenzaba a fastidiarme el infantilismo de todo el planteamiento porque el tema del accidente nuclear era comentado hasta por la revista *Times*, y la crisis en la economía socialista era un secreto a voces. Me pareció que un problema tan complejo estaba fuera del alcance de unos improvisados de sobremesa. Y luego, aquello de hacer lle-

gar un memorándum a las embajadas para que el Kremlin se «enterara» de obviedades y tomara medidas, tenía todo el sabor de una broma gastada al científico que suele salir a la calle olvidando los pantalones en su casa. Si, era evidente que unos intelectuales festivos (tal vez animados por los licores de alguna celebración), habían sugestionado al impresionable Puledda.

—Es claro que todo el mundo conoce la cuestión del accidente y las dificultades económicas de la URSS. —dijo Puledda— pero lo que nadie parece advertir es que toda la civilización está enloqueciendo.

—Si se refiere a que el crecimiento del armamentismo está motivado por la locura puedo estar de acuerdo en términos generales, pero en lo particular me parece que responde a los intereses del complejo militar-industrial de las grandes potencias, —respondí.

Mi amigo me miró de soslayo y luego, en voz muy calma, me descerrajó toda una teoría que se refería a los grandes contextos de la locura de la civilización. Una patología que parecía avanzar desde el fondo de la historia, que se manifestaba en las grandes tensiones de los intereses económicos, que se desataba en las guerras, los genocidios y las persecuciones colectivas, y que aparentaba desaparecer luego de grandes sangrías. Esa locura, explicó, estaba en su cima y había suficiente potencial acumulado para una explosión definitiva. Naturalmente, tal descripción me pareció insuficiente. Por lo demás, ¿qué tenía que ver todo eso con el Informe?

—Bien, lo que mis amigos han hecho llegar a las embajadas es una gran cantidad de información que se refiere a la sintomatología de esa pandemia, con el fin de motivar la investigación de los académicos disidentes. Esos señores tienen una gran influencia en la toma de decisión política y

consideramos posible que de su círculo emerjan los representantes de un nuevo tipo de pensamiento capaz de dar respuesta a emergencias tan graves y tan originales. En cuanto a los procedimientos usados diré que si varias copias del memorándum puesto a circular a fines de 1980 fueron arrojadas al cesto, siempre quedó la posibilidad de que se conservara algún ejemplar en manos de los coleccionistas de curiosidades. Debo agregar que esos escritos comenzaron su tímida penetración por las delegaciones diplomáticas pero luego fueron repartidos en grandes cantidades haciéndolos llegar a Moscú a través de las vías más insólitas. Como Usted comprende, la idea era que si los acontecimientos anunciados comenzaban a cumplirse con una cierta aproximación podía suceder que a alguien le picara la curiosidad. ¿Qué se hubiera perdido en el caso de que nada de eso ocurriera? Nada más que un poco de papel y un esfuerzo deportivo. En cuanto al Informe Tókarev, se inspiró en los temas del memorándum enviado pero siguiendo un tratamiento propio de la obra de ficción. Yo quise que a través del libro se abriera una puerta más a la difusión del documento.

Creo que luego se refirió a las futuras explosiones en el Este y al viraje inminente de la URSS. que de ese modo lograría disipar el conflicto nuclear. También habló de la futura reacomodación política que afectaría a Europa y al resto del mundo como consecuencia del terremoto soviético... Me sentí desolado al escuchar semejantes profecías por boca de alguien formado en los patrones de las ciencias físico-matemáticas. No pregunté más y allí quedó la anécdota perdida en un triste otoño de 1984.

El 7 de Enero de 1989, asistí a un homenaje a Galileo en la Piazza di Santa Croce, en Firenze. El orador principal era Puledda. Antes de comenzar me abrazó y, en voz baja, repi-

tió las palabras que había dicho en su laboratorio siete años atrás:

«... cada uno hace campaña a su manera». De inmediato extrajo unos papeles y comenzó a disertar ante los micrófonos.

«Yo, Galileo Galilei, catedrático de matemáticas de la Universidad de Firenze, públicamente abjuro de mi doctrina que dice que el Sol es el centro del universo y no se mueve, y que la Tierra no es el centro del universo y sí se mueve. Con corazón sincero y no fingida fe, abjuro, maldigo y detesto los errores y herejías antes mencionados, y cualquier otro error, herejía o secta contrarios a la Santa Iglesia... Este es el texto de la abjuración arrancada a Galileo, bajo amenaza de tortura, el 22 de Junio de 1633 por el Tribunal de la Inquisición. Galileo abjuró para no sufrir la suerte de Giordano Bruno, quien fue conducido a la hoguera con un madero dentro de su boca, para que no hablase, y quemado en el Campo dei Fiori en Roma, un día de invierno del año 1600.

Cuando Puledda mencionó la mordaza de Bruno lo note tan conmovido que pensé si acaso él mismo se sentía oprimido como para no poder explicar completamente su verdad. Pero más adelante dijo:

«... los poderosos de la Tierra, comprendieron rápidamente que la Nueva Ciencia podía ser utilizada para alimentar su avidez. Así han producido "una progenie de gnomos con inventiva" (como los llamo Bertold Brecht), dispuesta a vender su ciencia para cualquier finalidad y a cualquier precio, cubriendo la Tierra con máquinas de muerte».

Luego de media hora, concluyó:

«... pedimos aquí, frente al edificio que guarda la tumba de Galileo, pedimos a todos los científicos del mundo que, finalmente, la ciencia se utilice para beneficio de la humanidad. Con la voz que hoy resuena en esta plaza lanzamos

este llamado: que en todas las universidades, en todos los institutos de investigación se instituya un juramento, un voto solemne (análogo al de los médicos, creado por Hipócrates en los albores de Occidente) con el fin de utilizar la ciencia solo y exclusivamente para vencer el dolor y el sufrimiento, solo y exclusivamente para humanizar la Tierra».

Fue una intervención conmovedora. Hubo aplausos, flores y *flashes*. Mucha gente se acercó a Puledda para felicitarlo. Entre tanto, vi cómo desde la multitud se aproximaban dos hombres que, finalmente, se presentaron al disertante y lo saludaron con afecto. Entonces comprendí que la Perestroika estaba entre nosotros. Luego supe que el memorándum había sido descartado por los burócratas de Brezhnev pero que a cambio logró llegar a las mejores manos, las manos de gente que trataba con desesperación de modificar el rumbo de los acontecimientos mundiales.

Hoy en 1994, el libro de Puledda vuelve a tomar impulso y sospecho que será recibido en una atmósfera epocal distinta a la que campeaba en el momento en que fue escrito. Por mi parte, no podría decidir si la historia publicada en 1981 ha tenido alguna confirmación en los hechos extraordinarios ocurridos en la década de los 80. En todo caso, debo admitirlo, esta novela me impresiona ahora mucho más que cuando la leí por primera vez. Tal vez por esto y por los comentarios que hice públicos recientemente, se me haya pedido que la prologara para esta nueva edición. Yo he querido hacerlo comentando algunas circunstancias que explican más la personalidad del autor que al libro en sí. El lector sabrá comprender por qué he usado este recurso y, en definitiva, juzgará la obra por cuenta propia.

J. Valinsky
15/02/1994

Y me acordaré del pacto que hay entre mí y vosotros y todo ser viviente; no habrá más diluvio para destruir todo.

Estará el arco en las nubes, y lo veré, y me acordaré del pacto perpetuo con todo ser viviente que hay sobre la Tierra.

Dijo, pues a Noé: Esta es la señal del pacto que he establecido entre mí y todo ser viviente que está sobre la Tierra.

Génesis 9,15-17

Año 1978

Diciembre 19

Estaba sentada frente a la mesa de acrílico transparente, apoyando las dos manos sobre una carpeta oscura. Impresionaba su extrema delgadez y ese pelo negro azabache que cubría una parte de su rostro. Mantenía los párpados cerrados, pero estos vibraban nerviosamente.

—Señora Tolmacheva —dijo un hombre grueso mientras acomodaba sus mostachos, hundido blandamente en el sofá—, señora Tolmacheva, trate de ver la escena que inspiró la redacción de ese memorándum.

—Es una pirámide, o un cristal. Un prisma tal vez. Tiene luz en su interior —pasó un tiempo en silencio y luego agregó sonambúlicamente—: lanzan un cohete contra la pirámide. El cohete entra y desaparece... el cohete sale ahora retrocediendo. No sé... no sé. Puede ser un rayo de luz. Si, entra un rayo y la pirámide se ilumina con los colores del arco iris...

—¿Qué tamaño tiene la pirámide? —interrogó otro hombre, parado atrás del mostachudo Nietzsche—. No sé... no sé... puede ser pequeña. Tal vez no sea más grande que un cristal, un rubí.

El hombre que estaba de pie se acercó a Nietzsche y susurro en su oído:

—O está describiendo el ensayo de Newton sobre la descomposición de la luz, o está hablando de un aparato del tipo láser. La acción de retroceso, podría ser el movimiento inverso de las aspas por acción de la luz, en el radiómetro de Crookes.

—Trato de meterme en el cristal. Hay una luz muy fuerte, no es como todas las luces... es distinta. Oigo una voz